





LEYENDAS DE ANIMALIA  
LA LISTA DE LA CLASSE



Víctor Fernández García

LEYENDAS DE ANIMALIA  
LA LISTA DE LA CLASSE



Primera edición: julio 2022

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Víctor Fernández García

© Ilustraciones: Vlad Strange

ISBN: 978-84-19439-16-1

ISBN digital: 978-84-19439-17-8

Depósito legal: M-19914-2022

Editorial Adarve

c/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

[info@editorial-adarve.com](mailto:info@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

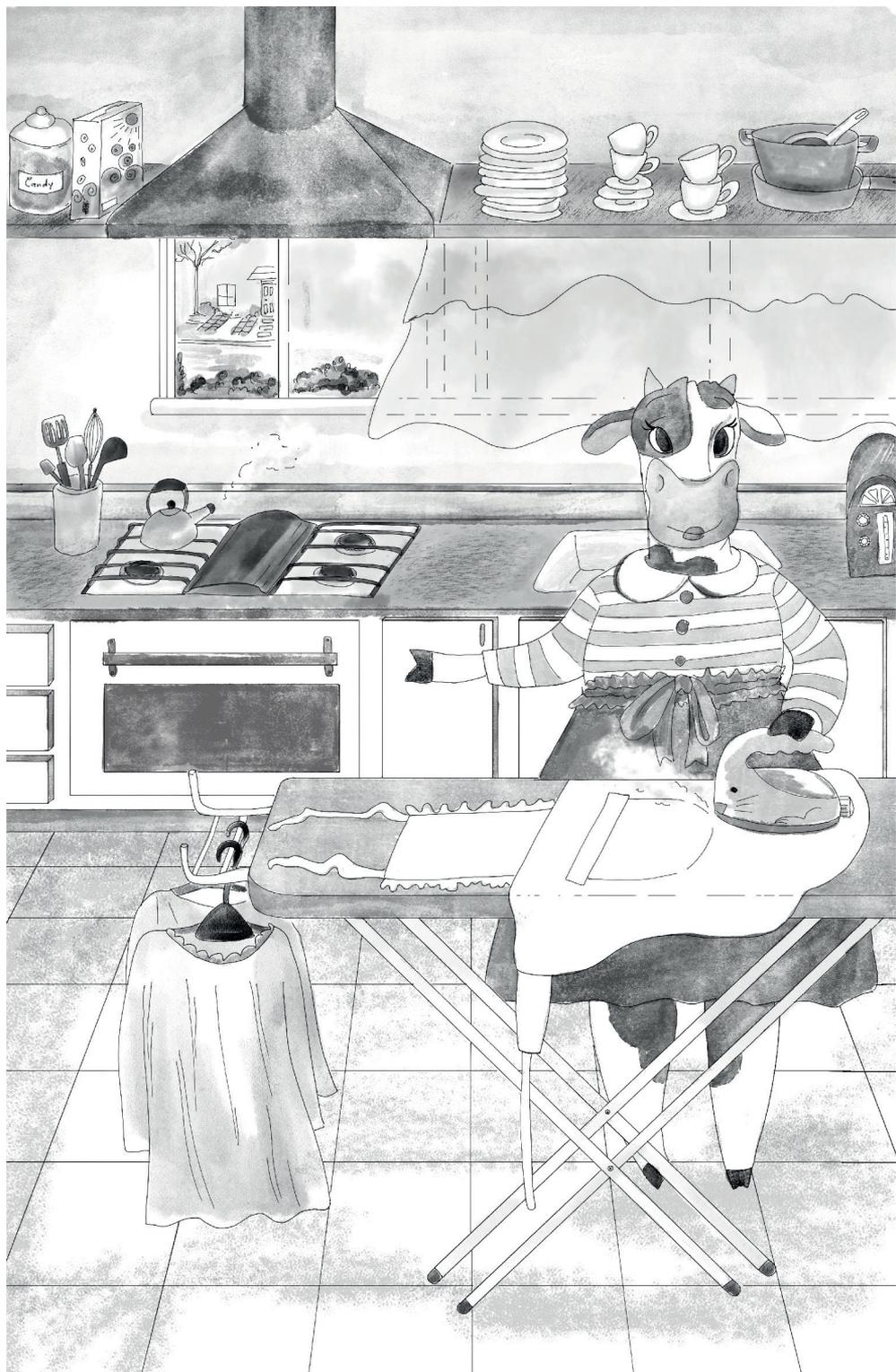
Impreso en España

*Para Neo y Loki*



# El Ternerero





## CAPÍTULO 1

Una melodía a bajo volumen sonaba en la radio cuando el vapor de la tetera causó que esta comenzase a vibrar de forma tímida.

LaClase Dumont dejó reposar la base de la plancha con delicadeza y se alisó las inexistentes arrugas de su delantal, suspirando holgadamente.

De camino a la cocina de su preciado hogar, no pudo contenerse a la hora de tararear sus compases preferidos de la canción que estaba escuchando.

La radio de El Ternero, así como la ciudad en sí misma, era amante de lo rutinario. De modo que, puntual, su vals preferido le arrancaba con la salida del sol, no solo ya una entonada y aguda cantinela, sino también algún que otro baile íntimo con sus pretendientes. Así es como llamaba LaClase a los palos de la fregona y la escoba con los que acababa de dejar impoluto su suelo.

Cuando alcanzó los fogones, la tetera ya emitía un sonoro pitido mientras el traqueteo la llevaba de lado a lado.

—Tranquila, chica. Ya sé que es la mejor parte del vals, ¡pero no queremos que te nos derrames!

LaClasse Dumont rio ante la escena que estaba protagonizando al hablar con su tetera por enésima vez. Condujo una pata a su frente, exclamando un breve grito ante su propio escándalo. Tras eso, alisando de nuevo su impecable delantal con estampado de vasos de leche, sirvió el té de su desayuno.

*¡Buenos días, Terneros!*

La radio dio paso a la ráfaga de noticias.

Eran las ocho en punto de la mañana.

Mientras sostenía una servilleta bajo su barbilla para evitar que las migas de su galleta se esparciesen por la mesa, LaClasse llevó la vista al calendario de forma fugaz, como si necesitase confirmar una vez más la fecha.

No había duda, eran las ocho de la mañana del 3 de mayo.

Cuando hubo apurado su taza humeante de infusión, el poso de la generosa cantidad de azúcar pareció mirarla desde lo más hondo del recipiente.

Como quien se mira ante un espejo, LaClasse Dumont estudió aquella masa empapada mientras recortaba de nuevo la distancia en dirección al aparato de radio. Con un movimiento tan decidido como delicado, giró a la izquierda la pequeña rueda del control de volumen hasta apagarla.

No es que los domingos prefiriese aislarse de toda noticia. Simplemente, en ese en concreto prefería seguir hechizada por las mieles de la música.

—No estés triste querida. Mañana volverás a hablar con gran desparpajo.

Entre risitas ahogadas, LaClasse dio una serie de cortas palmadas al cabezal de la gran radio, que suponía casi lo

máspreciado de la antigua herencia que su abuelita le había legado.

Casi.

Justo al lado, como aguardando expectante, se encontraba lo que LaClasse llamaba la joya de la corona. Empequeñeciendo a la pobre radio, un gramófono dorado descansaba sobre una estantería con un buen puñado de discos. Podría decirse que LaClasse agarró uno al azar, pero en verdad conocía de memoria el orden en el que estaban dispuestos.

Con una mano sosteniendo la taza y la otra colocando el disco sobre la base del plato musical, el mecanismo pronto comenzó con el chisporroteo previo a la reproducción.

Oteando concienzudamente el azúcar ya disecado, LaClasse negó de forma súbita con la cabeza.

Ya sonaba la ópera escogida cuando el agua fría del grifo sacó del ensimismamiento a la señorita Dumont. Así es como era conocida al cruzar las puertas que delimitaban su hogar del resto del mundo. Vecinos, compañeros y alumnado se referían así a ella, tanto que incluso ella misma se daba a conocer así a extraños.

Con la taza recién lavada y ya escurriendo boca abajo, LaClasse volvió a alisar su delantal, esta vez con el objetivo de terminar de secar sus manos.

Como jugueteando con el azar, el sol entró a raudales por una de las ventanas del salón, haciendo aterrizar uno de sus rayos en una silla de madera. Silla sobre la cual una serie de vestimentas aguardaban, dobladas con perfección, a que su dueña procediese a enfundárselas.

Fue al llegar el turno del fino jersey que este se enredó con uno de los cuernos de LaClasse. Riendo tímidamente, logró deshacer el nudo para acabar de vestirse, esta vez ante un espejo de verdad.

Allí estaba.

La señorita Dumont.

Le señalaba con testaruda tenacidad desde el otro lado.

—Piensa, LaClasse. ¡Piensa!

Recordaba las palabras de su antiguo profesor de infancia con gran cariño.

Aquellas en concreto la habían acabado convirtiendo ni más ni menos que en toda una licenciada en filosofía. Una licenciatura que le había valido para ingresar como profesora en uno de los colegios locales.

Pronto, sin embargo, le llegó también el eco de las risas descontroladas de toda un aula.

Y es que su antiguo profesor no se limitaba a espolear el ánimo de sus alumnos, sino que también los amedrentaba con ocurrencias varias. En su caso, se hacía valer de la mala leche. *¡Tienes muy mala leche, Dumont!*, decía. *¡Ningún ganadero te va a querer!*

Aquellas sentencias no tenían por qué pasar de anecdóticas.

Aunque, claro estaba, tratándose LaClasse de una vaca, el chiste estaba asegurado.

Al sentir crecer cierta aflicción en su interior, la señorita Dumont terminó de ahuyentar toda la nostalgia apretando con fuerza el nudo del pañuelo azul que remataba el conjunto que había escogido para ese soleado día.

Su jersey fino de líneas grises y blancas encontraba su final en una falda mediana y verde. Botas negras altas, recién embadurnadas de betún.

LaClasse asintió en cuanto comprobó que todo estaba en su justo lugar.

No se consideraba especialmente presumida, pero se suponía que alguien tan cercano a los cincuenta debía equilibrar el recato con cierta elegancia.

Agarrando bolso y llaves, ya en el recibidor, repasó el contenido del primero hasta extraer con mimo un papel doblado en numerosos pliegues. Besándolo, lo volvió a meter en lo más profundo de su bolso, abriendo al fin las puertas de su casa.

La señorita Dumont salía nuevamente a enfrentar al mundo.

Los tacones resonaban a cada paso corto que daba LaClasse.

El disimulado rastro del perfume que había elegido impregnaba su entorno inmediato. Un entorno que nunca se cansaba de disfrutar. La poda de los árboles de su barrio, por ejemplo, era algo siempre admirable. Un trabajo exquisito que daba a cada una de las plantas formas realmente peculiares.

Pero no quedaba ahí el encanto del lugar.

Las baldosas relucían con tanto fulgor que uno no sabía si apartarse para caminar por el asfalto de la carretera. Los dibujos del mármol terrestre ilustraban escenas caseras que, de algún modo, recordaban a LaClasse el estampado de su delantal.

Así era. Hasta que no abandonaba las inmediaciones de su casa, de algún modo sentía que aún se encontraba en ella.

Claro estaba, hasta que era localizada por alguna de sus vecinas.

—¡Buenos días, señorita Dumont!

LaClasse, nada más escuchar el tono enfático con el que fue saludada, tuvo claro por quién había sido avistada.

Demita Avouz.

La señora Avouz se caracterizaba principalmente por sus altas dosis de impertinencia. También por sus dotes de importunar a los demás. Si a ello se le sumaba el desagradable hábito de salir a primera hora sin rastro de ducha alguno y con los mismos ropajes con los que había dormido... El resultado justificaba el comportamiento grosero que iba a adquirir LaClasse.

Bien era cierto que se dirigía a la parada del autobús, pero el hecho de que la señora Avouz se encontrase custodiándola con celo le hizo cambiar tanto de opinión como de rumbo. Tomando uno de los caminos en los que la acera se estrechaba de forma notable, se dispuso a introducirse en el núcleo de su barrio.

Lanzó un rápido saludo a su vecina, casi más una despedida, provocando el refunfuño instantáneo por parte de ella.

La jornada no había empezado precisamente a pedir de boca.

LaClasse Dumont se encogió de hombros y se dejó llevar. Caminaba cuesta abajo por un camino custodiado por varios robles a lado y lado. No era una persona muy sociable, de modo que sus paseos por el barrio podían contarse con las pezuñas de una pata.

Eso no quitaba el hecho de que LaClasse supiese de memoria el mapa de la zona en la que se encontraba. Un

mapa mental que le indicaba lo que, a no mucho tardar, contemplaría al girar la esquina.

En efecto, al efectuar el giro, allí estaba. Una casa más humilde que las de la zona en la que ella vivía, pero no por ello menos rebosante de la magia que impregnaba la totalidad del barrio. Pintada de azules de lo más pintorescos, encontraba en la base de sus ventanales un buen número de flores de distintas especies.

No obstante, lo que descolocó sobremanera a LaClasse, fue el hecho de que estas se encontrasen también repartidas por el suelo.

Acelerando un poco el paso, procurando no tropezar torpemente y caer de bruces con ello, recortó la distancia que la separaba de aquel extraño espectáculo.

Al hallarse frente a las flores esparcidas por el suelo de tierra, el hecho de tomar consciencia de qué hacían allí por poco le hieló la sangre.

—Tiene usted mala cara, señorita. ¿Necesita algo? ¿Un vaso de agua, quizá?

Aquella voz amable la sorprendió en pleno sofoco.

Girándose con gran ímpetu, el mareo por poco la manda al suelo.

Conocía a algunas vecinas de su zona, pero nunca había cruzado ni una palabra con la señora Coco Didot. De hecho, no muchas personas estaban dispuestas ni a hablar con ella, ni mucho menos a acercarse a su morada.

—¡Oh, discúlpeme! Solo debe haber sido un golpe de calor. Hay que ver, apenas está acabando la primavera y ya con estas temperaturas...

La señora Didot rio. Primero para sus adentros, luego más descaradamente. Aquello sirvió para que su larga dentadura de cocodrilo saliese a la luz.

Su delantal daba señales de una concienzuda limpieza. Un detalle que no pasó desapercibido para LaClasse Dumont a la hora de dar el paso y pedir el favor.

—¿Sabe? Creo que sí me vendría bien ese vaso de agua.

Coco Didot, asintiendo exageradamente con la cabeza, entró sin más en su casa en busca de ello.

Como si se tratase de una espía, LaClasse miró apresuradamente a lado y lado de la calle, asegurándose de que no había ningún fisgón por la zona.

Llevando una mano a las profundidades de su bolso, extrajo el papel doblado y procedió a desplegarlo.

Una serie de nombres en fila, sostenidos por la mano temblorosa de LaClasse, quedaron frente a su ansiosa mirada.

La octava fila revelaba un nombre que pareció estrechar aún más el nudo de su pañuelo a su garganta: Dient Tecito. LaClasse volvió a doblar con cuidado el desgastado papel. Cuando llevó su vista humedecida por la emoción a las flores del suelo, pudo ver que en el centro de estas quedaba habilitado un pequeño espacio. Apenas un par de palmos que albergaban algunas velas encendidas alrededor de una bolsita de canicas.

—Aquí tiene su vaso de ag...

El grito de la señorita Dumont fue tan agudo y prolongado que la frase de Coco Didot quedó interrumpida.

—¡Disculpe! No... No la esperaba de vuelta tan pronto.

—¿Es usted de por aquí? —aquella pregunta directa provocó que LaClasse recuperase apresuradamente la compostura.

—Yo... Estaba dando una vuelta cuando las flores llamaron mi atención. Pensé que se habían caído de sus macetas al estar en el suelo.

Fue el turno de la señora Didot, quien se emocionó de forma instantánea al escuchar la referencia a las flores.

—Hoy es su aniversario —cuando LaClasse vio brotar sin control las lágrimas de su vecina, se apresuró a entregarle un pañuelo de tela. Sin embargo, esta siguió hablando entre balbuceos. —Parece que fue ayer que el pequeño Dient jugaba aquí con sus canicas...

Al sentir cómo el nudo en la garganta la iba a hacer sollozar tanto o más que a su vecina, LaClasse decidió alejarse de la escena.

—¡Cielo santo, mi autobús! Debo irme ahora mismo o me meteré en un buen lío.

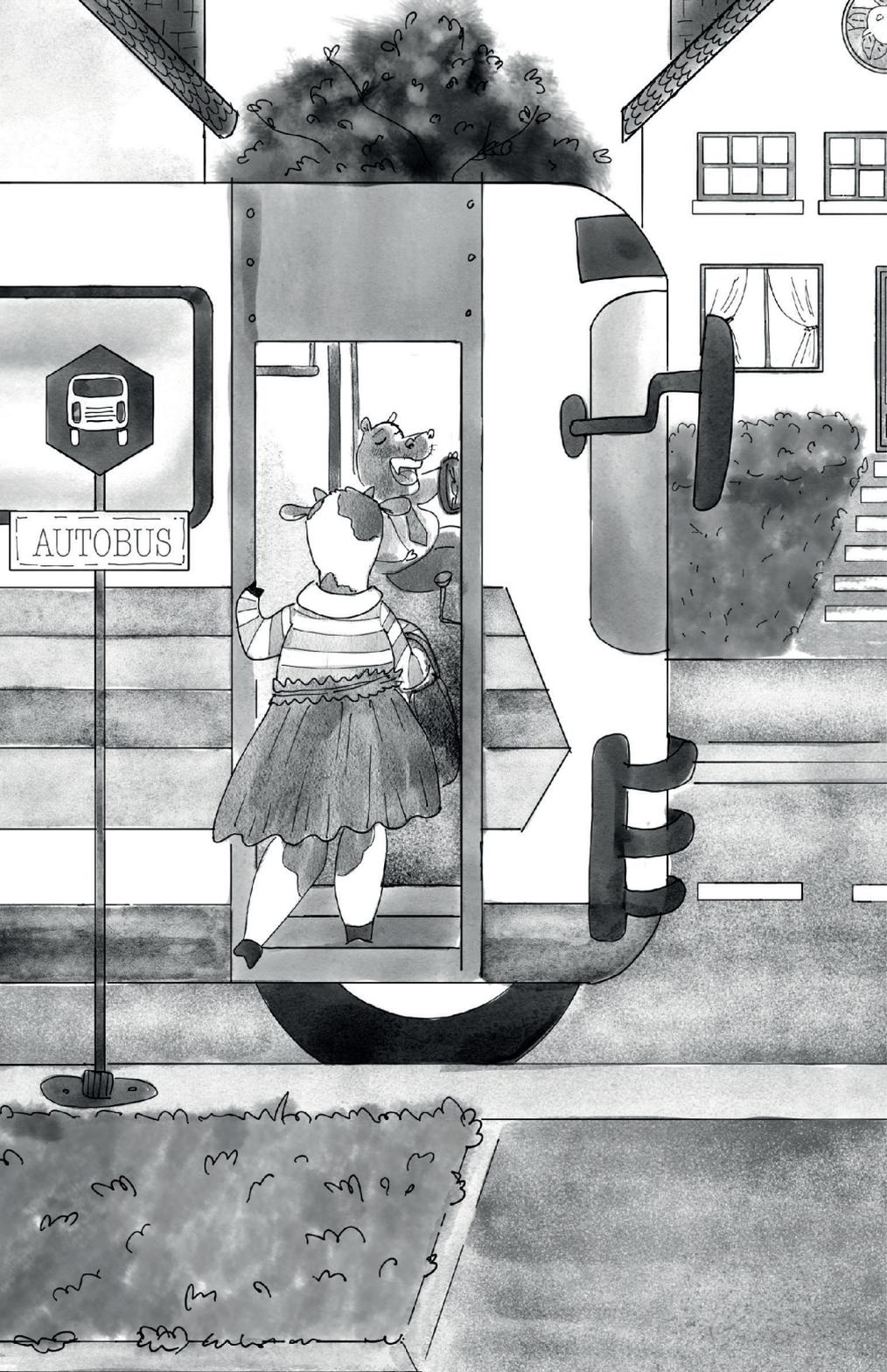
Mirando su pequeño reloj de pulsera, LaClasse comenzó a caminar de inmediato, de vuelta por donde había venido.

Desde la lejanía, la señora Didot alzaba el pañuelo lila.

—¡Disculpe, su pañuelo!

—¡Quédeselo, por favor!

A cada paso que daba, el taconeo se hacía más y más sonoro, al recuperar el suelo el habitual pavimento del barrio. LaClasse Dumont se alegró por ello. El sonido de su caminar lograba disimular las aspiraciones exageradas que llevaba a cabo con tal de contener su llanto.



## CAPÍTULO 2

LaClase Dumont era una señora elegante, seria y correcta.

Esos eran los tres calificativos que se repetía una y otra vez tratando de refrenar el tic de su pie derecho. Sabía bien que, de no contenerlo, se extendería a toda la pierna y parecería poco menos que una majadera.

En esas estaba cuando la silueta del autobús apareció a lo lejos. Desde la ubicación en la que se encontraba la parada, uno podía atisbar varios kilómetros de carretera, así como su zigzaguo tanto vertical como horizontal.

Debían quedar unos cinco minutos hasta la llegada del transporte público. De un rápido vistazo a su reloj, LaClase comprobó cómo, pese a su obligada y emotiva escapada, seguía siendo primerísima hora. Aquello la alivió de modo ostensible, pues aborrecía las aglomeraciones. Siendo tan temprano, a buen seguro el autobús iría con una carga leve de pasajeros.

Dedicando un vistazo a los cielos despejados de ese tres de mayo, se permitió lanzar un pequeño grito que mezclaba sorpresa e ilusión. En lo alto, justo frente a ella,

unas pequeñas nubes parecían correr al galope tratando de eclipsar al sol. La brisa matutina era de lo más agradable en ese momento, si bien allí arriba, en lo alto, debía traducirse en un ventarrón importante.

Siguiendo con la vista la trayectoria de la estampida de pequeñas criaturas celestes, el ánimo de LaClasse se ensombreció tan abruptamente como le fue entregada la visión de los cielos del centro urbano de El Ternero. Allí, justo a donde se dirigía, negros nubarrones se superponían unos con otros, tratando de conformar una estructura tormentosa.

Por un momento, creyó escuchar el sonido de los primeros truenos. Un sonido que parecía albergar el traqueteo de furiosos motores...

—¡Señora! ¿Piensa subir o no?

El susto que se llevó LaClasse al verse asaltada por la pregunta del conductor del autobús hizo que se le cayese el bolso al suelo.

—¡Sí! ¡Por supuesto que sí! —se apresuró a responder mientras recogía el estropicio que había montado su bolso al vaciarse parcialmente.

Las primeras quejas no tardaron en hacerse escuchar. Al parecer, meditaba LaClasse suspirando, la lista de pasajeros no iba a ser tan escueta como había pensado.

Cuando alzó la vista y se agarró al apoyadero para auparse al interior del autobús, se encontró con la figura del conductor girada hacia atrás, en plenas risas con algunos de sus pasajeros. Se trataba de un hipopótamo claramente maleducado. De hecho, cuanto más esperaba LaClasse

su turno para pagar el billete, más adjetivos desagradables se sumaban a la descriptiva.

Desorganizado, a juzgar por su espacio de trabajo.

Zarrapastroso, a tenor de su vestimenta roída.

Maloliente, por motivos evidentes.

LaClase ya no sabía ni dónde mirar ni dónde meterse cuando el sujeto la encaró al fin.

—¿Ya estamos listos, señora?

La visión de una dentadura horriblemente cuidada compitió con el fétido aliento a alcohol a la hora de captar la atención de una LaClase que contenía la respiración.

Haciendo acopio de valor, habló.

—Un viaje al centro urbano, por favor.

Peleándose, más que operando, el conductor aporreó su máquina expendedora hasta que el ansiado papelito emergió.

LaClase lo arrancó con cierta prisa, deseando alejarse del hipopótamo cuanto antes posible.

—¡Cuidado con el género, señora!

Si bien tuvo el impulso casi irrefrenable de girarse y decirle algunas cosas claras a aquel tipo, LaClase se encontraba ya oteando las filas de asientos repletas de gente. Cuando distinguió, a medio pasillo, uno que quedaba libre, no se lo pensó.

Tampoco lo hizo el conductor, cuyo súbito acelerón arrancó el autobús, provocando que LaClase, más que alcanzar su asiento, aterrizase en él.

Un poco de sudor comenzaba a bajar por su frente.

Buscando su pañuelo con urgencia, de pronto cayó en la cuenta de que lo había obsequiado a su vecina.

Sin embargo, la silueta de uno rojo y altamente perfumado bailoteó frente a su campo de visión. Al girarse, LaClasse no dio crédito a su mala suerte. Demita Avouz le sonreía con deje provocador desde el asiento lateral.

Veinte minutos de trayecto separaban el barrio residencial de LaClasse Dumont del punto del centro urbano al que se dirigía. Eso, contando con un flujo de tráfico fluido. Por eso, cuando el autobús se detuvo a las afueras del núcleo de El Ternero, LaClasse tuvo meridianamente claro lo que debía hacer. Más aún teniendo en cuenta la perforadora en la que se estaba convirtiendo la mirada escrutadora de su vecina y compañera de asiento.

En cuanto los cielos oscurecieron el paisaje y el autobús apenas se introdujo por un par de calles céntricas, LaClasse activó el interruptor de parada.

—Tenía entendido que iba al centro mismo, señorita Dumont.

—Y allí me dirijo. Es solo que con este clima es mejor estirar las piernas —la respuesta de LaClasse a Demita llegó acompañada de una breve risita histérica. Aquel autobús, lleno a rebosar, estaba poniendo sus nervios a prueba mucho más de lo necesario. Por eso cuando las puertas traseras del transporte se abrieron con una agresividad digna de su falta de mantenimiento, LaClasse casi saltó al exterior.

Para caer en un charco en el que sus botas provocaron un generoso chapoteo.

Cuando el autobús partió, la figura de LaClase Dumont quedó allí, sobre el suelo mojado, contemplando los cielos con una mueca torcida en el rostro.

—Mecachis... No pensé que llovería tan pronto — murmuró en voz alta.

Deshaciendo el nudo de su pañuelo, hizo de este un paraguas improvisado para su cabeza, antes de partir a cuidadosos pasos cortos por el suelo resbaladizo en dirección a un lugar cubierto.

No tardó demasiado en dar con uno.

Si además, como era el caso, se trataba de suelo sagrado, pues mejor que mejor.

Que LaClase supiese, había media docena de iglesias repartidas por el centro urbano de El Ternero. Esta en la que se encontraba era, posiblemente, la más bonita de todas ellas. Íntima y silenciosa, tal y como recordaba, pues había tenido el placer de visitarla un par de veces en el pasado.

También resultaba imponente en cierto modo.

Los altos techos, en los que diferentes murales rupestres ilustraban multitud de evocadoras escenas, recibían las notas del órgano siempre activo del lugar.

Desde la misma entrada en la que se encontraba LaClase, aprovechando la tesitura para santiguarse con un poco de agua bendita, podía verse al taciturno músico de la iglesia ya enfrascado en una de las múltiples piezas que la jornada iba a recibir.

LaClase decidió tomar asiento en última fila.

En cierta medida deseaba deleitarse con las mieles musicales de la excelente acústica, aunque por otra parte tan solo buscaba recuperar cierta paz de espíritu.

Embobada con los murales del techo de la iglesia, no prestó atención a la figura que se sentó con discreto disimulo a su lado.

—Cada día parecen adquirir distintos significados, ¿Sabe?

La voz, en esa ocasión, no la sobresaltó. Era grave y profunda, pero también amable y cargada de sosiego.

Sin bajar la vista del techo, LaClasse respondió.

—Apuesto a que lo que dice es totalmente cierto.

Una corta risa ahogada acabó de captar la atención de LaClasse, que al girarse se descubrió al lado del párroco del lugar.

—Ah... No vivimos en un mundo en el que muchas cosas sean blancas o negras al cien por cien. Dígame, hija mía, ¿Hay algo en lo que la podamos ayudar en este día gris?

El párroco era un panda con manchas de lo más peculiares.

Por un momento, LaClasse dudó en si las zonas negras bajo su veterana mirada correspondían a meras manchas o más bien a unas ojeras brutales.

—Solo buscaba algo de cobijo. Muchas gracias, padre.

La mano derecha del párroco se apoyó discretamente en el hombro de LaClasse, que sintió al recibir la caricia una mezcla de alivio y melancolía.

—La dejo pues al cuidado de la música de Antoine. Quédese cuanto desee, querida.

Emitiendo un breve quejido al levantarse, el viejo párroco abandonó el banco. Siguiéndolo con la vista, LaClase sintió curiosidad al observar como prendía una vela, adentrándose en una humilde capilla.

Los dedos de LaClase Dumont tamborilearon durante un tiempo sobre sus piernas.

Aguardó, deleitada por unos compases especialmente inspirados por parte del órgano de la iglesia, a que el padre abandonase la capilla. Entonces, de forma discreta pero diligente, LaClase enfiló rumbo hacia ella.

Esperaba un lugar austero y oscuro.

Por eso, cuando entró en la capilla, quedó gratamente sorprendida de sentirse en un lugar tan iluminado como acogedor.

Cientos de velas, todas ellas encendidas, lanzaban sus reflejos sobre toda una serie de pequeños altares. Al acercarse a uno al azar, LaClase sintió como su pañuelo le apretaba nuevamente con fuerza el cuello. Solo que, como cayó rápidamente en la cuenta, no había ninguna prenda que en ese momento rodease esa parte de su cuerpo.

Frente a ella, unos diminutos marcos mostraban los rostros de tres criaturas encantadoras. Idénticas en un primer vistazo, para LaClase estaba claro que se trataba de identidades bien diferenciadas.

Con mano temblorosa, fue a extraer su papel del interior del bolso, aunque algo la detuvo.

Dirigiéndose a un lateral de la capilla, se hizo con tres cirios que condujo con mimo al altar donde descansa-

ban esas fotos cuya visión tanto le había afectado. Encendiendo cada uno de ellos, se permitió unos segundos para entrecruzar sus dedos y cerrar los ojos.

No era una persona creyente.

Pero sabía que, si algo iba a hacer de su mundo un lugar mejor, eso era el respeto y el reconocimiento. Y nada le merecía más respeto y mayor reconocimiento que lo que aquella capilla representaba.

Ahora sí, introduciendo su mano ya más calmada en el bolso, extrajo el papel que desdobló rápidamente.

Filas quince, dieciséis y diecisiete.

Luna, Linda y Bella. Las trillizas de la familia Herr Mosa.

LaClase perdió la noción del tiempo observando cada uno de esos tres rostros tan familiares.

En la privacidad de ese momento tan íntimo, no tuvo reparos en dejarse llevar por sus emociones. Tanto, que un par de lágrimas resbalaron por sus pómulos mientras desanudaba su pañuelo ubicado en la cabeza para devolverlo a su lugar original.

Con la vista enturbiada por la mirada humedecida, dio media vuelta e inspiró profundamente mientras anudaba la prenda a su cuello.

Salió de la capilla directa al exterior.

Solo se permitió una fugaz reverencia a Antoine, quien sentía que de algún modo la había acompañado en todo momento a las teclas del gran órgano.

No se percató de que, tras ella, en una esquina, el párroco al frente de la iglesia la miraba sonriente, aunque con ojos tristes.

—Ve en paz, hija mía. Que la vida siga sonriéndote como todos estos años ha hecho.

Las palabras del padre fueron más un susurro que otra cosa.

